

sieron sus ruegos para con Inocencio, á fin de que revocase su determinacion, manifestándole las grandes utilidades que se experimentaban en todas partes con las Escuelas Pias, y si no tuvieron por entonces efecto aquellas recomendables súplicas, con todo les profetizó José á sus hijos, que estaban inconsolables, que dentro de breve tiempo verian reintegrado el establecimiento en los mismos términos honoríficos á que le elevó la santa Sede; cuyo vaticinio se cumplió á la letra en los pontificados inmediatos de Alejandro VII y Clemente IX, sucesores de Inocencio; restituyéndola el primero en el año 1656 al grado de Paulo V, y el segundo en el de 1669 al que le sublimó Gregorio XV.

Habia ya algun tiempo que acostumbraba decir á sus hijos el santo patriarca, cuando se condolían de sus trabajos, *esperad al agosto, y lo que Dios permitirá*. Como decia estas palabras con cierto aire de alegría esperaban algun suceso propicio al órden; pero el profeta hablaba de su muerte. Quiso en el dia 21 de julio ir con los pies descalzos á la iglesia de S. Salvador á conseguir las muchas indulgencias concedidas en ella por los sumos pontífices. Volviendo á casa tropezó tan fuertemente en una piedra, que herido gravemente el dedo pulgar del pié derecho, señaló con su sangre toda la calle; y en una máquina tan debilitada como la suya se comunicó el dolor fácilmente. Dispertósele en principios de agosto la acostumbrada incomodidad del excesivo calor del higado. No hicieron la primera vez mucho caso los médicos de la novedad, prometiéndose pronta curacion. Solo temieron que fué mortal la enfermedad cuando el dolor llegó á ser tan vehemente que dió á conocer al paciente lo mucho que toleraba. Instruido con luz superior que estaba su fin próximo, se dispuso á pagar el tributo impuesto á los mortales con las preparaciones propias de un espíritu todo abrasado en el amor de Dios. Recibió los últimos Sacramentos con tanta edificacion que movió á tiernas lágrimas á todos los concurrentes, y habiendo sufrido con indecible paciencia el exceso de sus dolores hasta el dia 25 de agosto, dando ejemplo de resignacion con la voluntad divina; fijando, ya entrada la media noche de aquél, los ojos en el cielo, levantó el brazo derecho en ademan de bendecir á sus hijos, y diciendo tres veces Jesus, espiró tranquilamente en el dia dicho del año 1648, á los noventa y dos de su edad. Su rostro quedó tan apacible y tan sereno como si estuviese en un dulce sueño, y su venerable cadáver despidió un olor tan maravilloso, que nada tenia de su natural.

Cuando llegaron á desnudarle sus hijos ocurrió con la mano derecha á cubrir la desnudez vergonzosa; y queriendo remo-

verla para proseguir el piadoso oficio, acudió el difunto con la siniestra; enseñándoles que aun estando muerto era zeloso de aquel pudor con el que habia custodiado toda su vida intacta su virginidad. Pusieronle en el féretro, y fué tanta la multitud de concurrentes á tributarle veneracion; que no bastando las prevenciones tomadas por los religiosos, fué necesario que el papa enviase unos soldados de su guardia. En todo el ámbito del templo no se oian otras voces *que murió el Santo*, ó aclamaciones de algun milagro, siendo muchos los que obró el Señor en confirmacion de la gloria de su fidelísimo siervo, á quien se dió sepultura en la iglesia de S. Pantaleon, á puerta cerrada, con las debidas formalidades, á presencia de algunos distinguidos personajes que pudieron ser admitidos al reconocimiento del cadáver, que se vió con una prodigiosa flexibilidad.

Apenas habia pasado un año á su precioso tránsito, con aprobacion del mismo Inocencio X, se comenzaron los procesos informativos sobre sus virtudes heroicas y auténticos milagros; y resultando justificados plenamente, le declaró Beato el papa Benedicto XIV en el 7 de agosto de 1748. Y despues celebró su canonizacion con magnificencia en la Basílica Vaticana la Santidad de Clemente XIII en el dia 16 de julio de 1767.

LA TRASVERBERACION DEL CORAZON DE SANTA TERESA DE JESUS, VÍRGEN.

ENTRE las innumerables virtudes que resplandecieron en santa Teresa de Jesus, vírgen sabia de Jesucristo, y esposa regalada suya, en la que mas brilló fué en el amor y caridad que tuvo á su Esposo, y en que fué correspondida con una fineza propiamente divina. Desde los primeros años de su infancia se propuso manifestar en sus acciones que era verdadera esposa de Jesucristo, y con el carácter de tal emprendió tan grandes obras, que causan admiracion. Todas las circunstancias que pide el santo Evangelio para constituir una digna esposa del Esposo de las vírgenes, las reduce á tener prevenido aceite con que cebar las lámparas, y salir con ellas encendidas á recibir al Esposo. Significase en las lámparas, segun el padre S. Agustin, las obras buenas, y en el aceite la caridad que debe alimentarlas; pues sin está, segun S. Pablo, nada es de provecho ante los ojos de Dios. Esta misma condicion puso nuestro Dios en el Cántico de los Cánticos, como la principal y primera de que debia estar adornada su esposa, cuando al comenzar á descubrir sus perfecciones, la dijo: *Hermana mia, esposa, tus pechos son mas hermosos y de-*

leitables que el vino mas generoso y puro; esto es, están llenos de la leche de la caridad: en uno depositas el amor de Dios sobre todas las cosas criadas, y en el otro un amor verdadero á tu prójimo; por eso eres á mis divinos ojos hermosa y deleitable, aunque á ti te parezca por tu condicion y humildad que estás negra y tostada del sol. Apenas tenia Teresa edad para conocer á Dios, ni madurez que pudiese sujetar las ternuras de su puericia, cuando adelantada aquella alma grande obraba en materia de caridad aun mas de lo que se podia presumir de sus fuerzas. Convertida toda aquella delicada pequenez en voluntad y en ardores de amor, no parece que vivia en ella otra cosa que caridad, ni sentia mas que caridad, ni se veia en sus obras otra cosa que amor á su Dios. En la estrechez de aquellos donosos y delicados miembros cupo un espíritu verdaderamente fuerte para intentar dar su vida por su Esposo, que es el extremo mayor á que puede llegar la caridad. Siete años tenia esta gloriosa Santa, cuando huyendo de la casa de sus padres en compañía de un hermanito suyo, se puso en camino desprovista de todo humano auxilio, con el proyecto de llegar á tierra de moros, y allí padecer un glorioso martirio por la fe de su Esposo. Esta accion denota claramente las copiosas bendiciones con que la divina gracia la habia prevenido para ser el teatro en donde ejerciese todas sus funciones una grande caridad.

A pocos pasos conoció la Santa que no podia verificarse el deseo de ser mártir; pero inmediatamente meditó mil medios oportunos de dar á su Esposo multiplicados los buenos oficios: la oracion continua, los frecuentes ayunos, y muchos géneros de mortificacion apagaron en parte la hambre que tenia su generoso espíritu de padecer por su Dios. Solicita con su padre que la encierre en un monasterio de vírgenes, y constituida entre ellas tenia á su Esposo como manojillo de mirra entre sus pechos, gustando del suavísimo olor de sus coloquios, y sufriendo la amargura de verle padecer el rocío y la escarcha de su pasion sangrienta. No se contentaba con esto el ardiente amor de tan verdadera esposa; sabia que gustaba el Esposo de que oliesen bien sus vestidos, y de que su fragancia fuese como la respiracion y hálito de un paraíso lleno de granados, manzanos, ciprés, nardo, cinamomo y otras mil sabrosas y olorosas plantas. El buen olor de todas las virtudes, singularmente del amor, exhalaba de su alma pura, y le hacia esclamar al divino Esposo: *Toda eres hermosa, esposa mia, paloma mia, y no hay en tí mancha de virio alguno.* ¿Qué no sufrió por estender mas y mas la honra y la gloria de Jesucristo? Este deseo la trajo por largos caminos

casi diez y seis años, cruzando á España, sufriendo frios, calores, aguas, inclemencias, desprecios, pobreza, persecuciones y todo género de penalidad, para hacer á su Esposo dignos retretes de delicias en donde pudiese descansar entre mil almas de vírgenes santas. Este deseo, nacido del amor, le dió valor para emprender dificultades superiores al pecho mas varonil, y para caminar como por entre flores entre los desprecios y ultrajes mas sensibles. Este amor fué quien la hizo florido el campo de la tribulacion, y que no se desdénase de ser reputada por engañadora, hipócrita y hechicera. Sin embargo de esto le parecia á la Santa que nada hacia por Dios; y así decia con una humildad en que se ve al mismo tiempo su caridad: *La mayor cosa que yo ofrezco á Dios por gran servicio es, como siéndome tan penoso estar apartada de él, quiero por su amor vivir. Esto querria yo que fuese con grandes trabajos y persecuciones; ya que no soy para aprovechar, querria ser para sufrir.* El excesivo amor que tenia á su Esposo la hace hablar de esta manera. La fundacion de diez y seis conventos de vírgenes es nada en su estimacion; nada es el vencimiento de tanto magistrado, noble, plebeyo, y de todo el poder del infierno; nada es el generoso sufrimiento de las mas negras calumnias hasta tenerla encarcelada por el santo tribunal de la Inquisicion; nada es la discrecion de espíritus, tener en su mano las llaves de la salud y de la muerte, registrar los hechos de los tiempos futuros con mas claridad que los de los pasados, y mandar despóticamente en los ánimos mas contumaces para que obedeciesen al celestial Esposo. El amor que le tenia le hacia parecer nada cuanto obraba por su servicio. Teniale siempre entre sus brazos sin soltarle, introduciéndole en el retrete de su corazon, en donde le tenia preparado un divino lecho. Adornada de todas las joyas de las virtudes teologales y cardinales, hermo-seada con las flores de los dones del Espíritu Santo, vestida de inocencia se presenta al divino Esposo toda hermosa, toda bella, toda agradable, y mas resplandeciente que el sol coronado de estrellas.

Un amor tan encendido no podia menos de tener la correspondencia debida de parte de Jesucristo. De dos maneras acostumbra el Señor regalar y favorecer á las almas que se precian de ser sus esposas: una, por medio de amarguras y trabajos; y otra, llenándolas de gozos y suavidades extraordinarias. Al santo Tobias y á Job los regaló de una y otra manera en la ley antigua, y á S. Pablo tambien en la ley de gracia. *Porque eras acepto á Dios,* dijo el arcángel al primero, *fué necesario probarte con trabajos;* y al último, *le trajo arrebatado al tercer cielo, sin es-*

cusarle por eso cárceles, azotes, naufragios; y últimamente el morir degollado. De una y otra manera regaló también á santa Teresa; pero lo que mas se celebra este dia fueron aquellas dulzuras; aquellas visiones extraordinarias en que la revelaba los secretos mas escondidos. En una ocasion se le apareció el mismo Jesucristo, y dándola su mano derecha, y un clavo que sacó de su llaga, tomándola por su esposa, la dijo estas palabras: *De aquí adelante como verdadera esposa mia zelarás mi honor; porque ya yo soy todo tuyo, y tú toda mia.* A este tenor la hacia regalos inefables, que espresa la Santa por estas palabras en el capítulo 29 de su vida: *Casi siempre se me representaba el Señor así resucitado, y en la hostia lo mismo: sino eran algunas veces para esforzarme si estaba en tribulacion, que me mostraba las llagas algunas veces en la cruz y en el huerto, y con la corona de espinas pocas, y llevando la cruz también algunas veces para, como digo, necesidades mias, y de otras personas; mas siempre la carne glorificada.* Pero en donde manifiesta lo encendido de su amor y el sumo regalo que Dios la hizo, y celebra nuestra madre la Iglesia en la festividad de este dia, es en las siguientes palabras del mismo capítulo: «¡O qué es ver una alma herida! Que digo, que se entiende de manera, que se puede decir herida por tan excelente causa, y ve claro que no movió ella por donde le viniese este amor, sino que del muy grande que el Señor le tiene, parece cayó de presto aquella centella en ella que la hace toda arder. O cuántas veces me acuerdo cuando así estoy, de aquel verso de David: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum*: que me parece lo veo al pié de la letra en mí. Cuando no da esto muy recio, parece se aplaca algo (al menos busca el alma algun remedio, porque no sabe qué hacer) con algunas penitencias, y no se sienten mas, ni hace mas pena derramar sangre, que si estuviese el cuerpo muerto. Busca modos y maneras para hacer algo que sienta por amor de Dios; mas es tan grande el primer dolor, que no sé yo qué tormento corporal le quitase; como no está allí el remedio, son muy bajas estas medicinas para tan subido mal; alguna cosa se aplaca, y pasa algo con esto, pidiendo á Dios le dé remedio para su mal, y ninguno ve sino la muerte, que con ésta piensa gozar del todo á su bien. Otras veces da tan recio, que eso ni nada no se puede hacer, que corta todo el cuerpo, ni pies ni brazos no puede menear; antes si está en pié se sienta como una cosa trasportada que no puede ni aun resollar, solo da unos gemidos, no grandes, porque no puede, mas sonlo en el sentimiento.

«Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta vision: veia un ángel cabe mí hácia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla; aunque muchas veces se me presentan ángeles, es sin verlos, sino como la vision pasada que dije primero. En esta vision quiso el Señor le viese así: no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecia de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan, deben ser los que llaman serafines, que los nombres no me los dicen; mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles á otros, y de otros á otros, que no lo sabria decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecia tener un poco de fuego. Este me parecia meter por el corazon algunas veces, y que me llegaba á las entrañas; al sacarle me parecia las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacia dar aquellos quejidos, y tan escesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad le dé á gustar á quien pensare que miento. Los dias que duraba esto, andaba como embobada: no quisiera ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo criado. Esto tenia algunas veces, cuando quiso el Señor me viesen estos arrobamientos tan grandes, que estando entre gentes no los podia resistir, sino que con harta pena mia se comenzaron á publicar. Despues que los tengo no siento esta pena tanto, sino la que dije en otra parte antes (no me acuerdo en qué capítulo), que es muy diferente en hartas cosas; y de mayor aprecio; antes en comenzando esta pena de que ahora hablo, parece arrebatada el Señor el alma, y la pone en éstasi, y así no hay lugar de tener pena ni de padecer, porque viene luego el gozar. Sea bendito por siempre, que tantas mercedes hace á quien tan mal corresponde á tan grandes beneficios.»

Esta relacion de la Santa, puesta á la larga, esplica con mayor claridad que la que cabe en humano discurso el favor inefable que celebra la Iglesia este dia, y al mismo tiempo el alto grado á que subió el amor que tenia Teresa á Dios. Como esta seráfica doctora ha dado tanto lustre á España, esplicando el amor en que llegan á encenderse las almas verdaderamente caritativas, siendo sus obras el mas bello compendio de teología mística que puede desearse, era justo que se celebrase aquel favor

principal que llenó su alma de tan sublimes ideas. Este fué sin duda el que la Santa refiere en las palabras alegadas, favor que era celebrado mucho tiempo habia por la religion de los Carmelitas, quienes juntando á un mismo tiempo el respeto y veneracion á su santa Madre con la debida gratitud al Dios de misericordias, celebraban uno y otro con particular festividad. En el año de 1726 solicitó el rey católico que esta fiesta se extendiese á toda la Iglesia de España. Para este efecto dirigió sus humildes súplicas al papa Clemente XII en carta particular presentada por el cardenal Belluga; y habiendo examinado la congregacion de Ritos este negocio con su acostumbrada madurez, siendo Ponente el referido cardenal, fué de parecer que el oficio aprobado para la congregacion de Carmelitas descalzos de España se podía rezar por todos los seglares y regulares que están obligados á las horas canónicas. En consecuencia de esto el santo padre condescendió gustoso en que toda la Iglesia de España celebrase esta festividad de la Trasverberacion del corazon de Sta. Teresa de Jesus, y para ello dió su decreto en 11 de diciembre de 1733.

SAN LICERIO, LLAMADO EN VULGAR CATALAN SAN LLEY, OBISPO Y CONFESOR.

EL glorioso S. Licerio, se conjetura que fué francés. Desde su mas tierna edad fué puesto en estudios, y quanto aprovechára en ellos se vió despues, puesto que por sus letras, é integridad de vida llegó á ser obispo. A su tiempo le ordenaron de sacerdote, en lo cual le quiso nuestro Señor honrar mucho. Estando la iglesia Carinense sin pastor, fué electo Licerio obispo de ella, la cual gobernó santísimamente, atesorando grandes riquezas de bienes del cielo. No le impidió la dignidad ni las riquezas temporales el ejercicio de las virtudes, antes bien supo con estas cosas atesorar riquezas para la otra vida, con lo que llegó á tan insigne santidad, que mereció despues de muerto ser puesto en el catálogo de los Santos. Habiendo pues gobernado su iglesia Carinense cuarenta y cuatro años dió el espíritu á su Criador. Celébrase la fiesta de S. Licerio tal dia como hoy en algunas partes de Cataluña, en donde le tienen mucha devocion, y muy particularmente en Villamajor ó Villamayor, territorio del Vallés, en el obispado de Barcelona, adonde hay un templo dedicado á su nombre. En el retablo de este Santo en dicho templo hay pintados muchos milagros que se hicieron por su intercesion; pero por negligencia de los escritores pasados no tenemos de él ni de ellos mas noticias de las que aquí se dejan significadas. En

Lérida rezaban antiguamente de este glorioso Santo, y en lecciones de los breviarios antiguos le llaman obispo Carinense. (*Do-menec.*)

SAN JULIAN, HOSPEDERO DE POBRES Y CONFESOR.

EL bienaventurado S. Julian fué de noble linaje y dado al ejercicio de la caza como tan propio de caballeros. Aconteció que estando un dia corriendo un ciervo, se volvió á él y le dijo: «Tú que me persigues, y me quieres matar, matarás á tu padre y á tu madre.» Oyendo esto Julian pasmóse, y porque no le aconteciese el caso tan desastrado que le habia dicho el ciervo, dejó quanto tenia y se fué á tierras muy apartadas. Entre otras llegó á la corte de un gran príncipe, al cual sirvió tan bien así en palacio como en la guerra, que se le aficiónó mucho y le casó con una dama muy principal, señora de un castillo, y dióle aquel castillo en dote. En este tiempo el padre y la madre estaban muy tristes por haber perdido á su hijo é iban buscándole por el mundo con gran solicitud. Sucedió que llegaron á las tierras de su hijo estando él ausente, y su mujer les pidió quiénes eran. Y como ellos le hubiesen dicho, que eran padres de un Julian que se habia ido de su casa, y referido todo el suceso, entendió que eran padres de su marido, y como tales los recibió y agasajó lo mejor que supo y pudo. Y á fin de que pudiesen mejor descansar, hizoles dormir en su propia cama, mandando aparejar cama para ella en otro aposento. Por la mañana la buena señora se fué á la iglesia dejando en la cama á sus suegros. En el entre tanto volvió Julian á su casa, y dirigióse á la cama para despertar á su mujer. Y como hallase allí á sus padres durmiendo, no pensando que fuesen ellos sino su mujer con algun adúltero, que le hiciese traicion, echó mano á la espada y matólos á entrambos. Iba á salirse de casa, cuando topó con su mujer, y pidiéndole quiénes eran aquellos que él habia hallado en su cama; respondióle que eran sus padres, los cuales le buscaban, y ella les habia recibido con mucho contento y honra, dándoles para su descanso su propia cama.

Oyendo Julian esto comenzó á llorar amarguissimamente, diciendo: «¡Oh desdichado de mí, que he muerto á mis padres dulcissimos, aquellos que yo tanto queria! ¿Qué haré ahora, desventurado de mí? Ahora veo que se cumplió lo que me dijo el ciervo, que por evitarlo me alejé de la casa de mis padres, y nada ha aprovechado. ¡Oh pecador, qué haré! Hermana y señora mia dulcissima, quedad en buena hora; porque ya no tengo

de reposar hasta que nuestro Señor haya recibido mi penitencia y perdonado mis pecados.» Respondió su mujer entonces: «No quiera Dios os deje yo en los trabajos; porque si os he sido compañera en la alegría y contento, también os quiero acompañar en la pena y penitencia.» Con esto se fueron los dos buenos casados de allí, y edificaron un gran hospital junto á un rio caudaloso, donde Julian pasaba á los pasajeros el rio, y recogía los pobres de Jesucristo en él, haciendo vida santísima. Sucedió que una noche de mucho frio como reposaba Julian, oyó un hombre que le llamaba, y dando voces le rogaba que le pasase el rio. Levantóse el Santo, y halló el hombre tiritando de frio, llevólo á su casa, y encendiendo lumbre procuró que se calentase, y acostóle en su cama. Pasado poco tiempo el que mostraba ser hombre, apareció resplandeciente como un sol, y vió Julian que se subía al cielo, y le decia: «Julian, el Señor me ha enviado aquí para que te anunciase que acepta tu penitencia. Y sepas, que en breve tiempo tú y tu mujer habeis de morir; por eso aparejaos.» Era este un ángel enviado por el Señor. El siervo de Dios y su mujer murieron de allí á pocos dias llenos de limosnas y buenas obras, dando el espíritu en manos de su Criador. A honra de este S. Julian (como dice S. Antonino) en muchas partes los caminantes acostumbran decir un Padre nuestro y una Ave Maria, para que Dios les dé buen camino, y buena posada, y les guarde de peligros. Tiénese mucha devoción á este Santo en algunas partes de Cataluña, y en particular en la parroquia del Fou en el obispado de Barcelona, donde le tienen por su patron. Celébrase su fiesta tal dia como hoy. (*Domenec.*)

La misa es en honra de S. José Calasanz, y la oracion la que sigue:

O Dios, que por medio de os rogamos nos concedas por S. José Calasanz, tu confesor, su ejemplo é intercesion, que te dignaste proveer á tu Iglesia obremos y enseñemos de modo con un nuevo subsidio, para que consigamos los premios enseñar á la juventud el espíritu de inteligencia y piedad: eternos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 54 del Eclesiástico, y la misma que el dia VII, pág. 128.

REFLEXIONES.

El desprendimiento de los bienes de esta vida es tan raro como la inocencia en medio de la abundancia; y así tiene razon el Sabio para contar uno y otro en el número de las mayores maravillas. Ser rico, y no colocar su razon en los tesoros; ser rico, y poner limites á la codicia; ser rico, y moderar los placeres, y vivir con aquel ejemplo que manda Jesucristo á todos los fieles, es una gran maravilla, así por la dificultad de la empresa, como por ser cosa mas rara. Si el Evangelio ha de ser la regla de las costumbres, como es preciso lo sea en todos los profesores de la religion cristiana, no hay condicion mas digna de lástima, que la de los opulentos. Dura parecerá esta filosofia á muchas personas; mas por eso no dejará de ser la filosofia del Evangelio: en la opulencia todo es lazos, todo tentacion, todo estorbos: el camino de la perdicion está tan lleno de escollos; el crimen está tan disfrazado y tan aplaudido, que es muy dificultoso cautelarse. Por otra parte esta dificultad no disminuye la culpa; solo aumenta la obligacion en que están los ricos de hacerse una continua violencia. ¡O mi Dios, qué prueba mas evidente de que se salvarán pocos ricos! Su mayor recurso consistia en la limosna; pues es el único secreto que se les puede enseñar para salir del peligro. Las manos de los pobres son las únicas que los pueden sacar de tantos riesgos, y guiarlos con seguridad en medio de tantos precipicios. ¡Qué desgracia la suya si no se valen de estos auxilios y de estas guias! Bienaventurado el rico que conservó la inocencia, y no se dejó llevar de las riquezas; cuya prueba es una de las mayores, porque fácilmente pudo vivir mal, y vivió bien, hacer maldades, y no las hizo. No es menester mas para mover á Dios á colmarle de prosperidad y de abundancia. Ved aquí la causa porque dice el Sabio, que en toda la Iglesia del Señor se celebrarán sus limosnas, y se sabrá que debe la continuacion de beneficios y gracias á su liberalidad. ¡Qué desgraciados serán los ricos que haciendo estas reflexiones no sean mas caritativos!

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas, y el mismo que el dia IV, pág. 79.

MEDITACION.

De la desgracia de salir de este mundo sin estar preparados.

PUNTO PRIMERO. — Considera cuanto espanto y cuanta desesperacion será la de un alma en el momento en que se vea citada á comparecer en el tribunal de Dios, cuando no está prevenida, y es preciso dar cuenta al supremo Juez, por quien ha de ser juzgada. ¡Oh, qué cosa tan terrible hallarse en el momento decisivo de su suerte eterna, con tantos motivos para temer!

Una juventud florida, una salud robusta, podian ser fiadores del tiempo inesperado; nos daban seguridades de que convaleceríamos de una enfermedad; pero Dios no consulta nuestro parecer sobre el número de nuestros días. Bástale tenernos advertidos que vendrá á pedirnos cuenta cuando menos lo pensemos. ¡Qué imprudencia aguardar á disponer las cuentas para aquella hora crítica! No se remite nuestra causa para otra audiencia; ya no hay mas misericordia, no hay mas indulgencia, ni mas dilacion.

Aquellos pecados graves no confesados, aquellas amistades por hacer, aquellas restituciones diferidas, aquellos propósitos de nueva vida dilatados, aquellas inspiraciones de la gracia mal atendidas, todo esto se representará de tropel para ahogar y para desesperar á la pobre alma en mil remordimientos.

¿Habrá entonces valor para decir que no se tuvo tiempo? ¿pues qué, tantos años perdidos lastimosamente, no fueron el tiempo que Dios nos concedió para disponernos á recibirle? Tuvimos este tiempo para emplearlo en el importantísimo negocio de nuestra salvacion, y lo malgramos; ¿quién nos tuvo la culpa? Pideme Dios estrecha cuenta de tantos preceptos no obedidos, de tantos consejos despreciados; y el alma desprevénida no tiene razones que alegar, ni satisfacciones que producir. ¡Oh, qué apuro tan temible! el mas digno de evitar.

PUNTO SEGUNDO. — Considera con cuantas inquietudes se vive cuando se tiene entre manos un pleito de grande consecuencia. Se consulta, se escribe, se toman infinitas precauciones, se medita lo que se ha de decir; y con cuanto desasosiego se pasan los días y las noches si se dilata la sentencia!

Pendiente tenemos todos un pleito que está para sentenciarse; sin que jamás haya habido, ni pueda haber otro mas

delicado, ni mas importante. El dia de la sentencia se ignora absolutamente; pero me tienen avisado que esté bien prevenido para responder á todos los artículos sobre que me han de tomar la confesion: gracias, talentos, empleos, años, días, horas y momentos, todo ha de ser examinado, todo juzgado con suma severidad. ¿Pues como no se piensa en esto? ¡Y sin haber pensado bien en ello jamás, se espera á que venga el Juez, se comparece á su tribunal! El nos avisó de su venida, sin señalarlos cuando; ¡qué turbacion, buen Dios, qué espanto, ser citado ante el Señor para dar mis cuentas y no tenerlas ajustadas!

Comprende, si es posible, los sobresaltos, las congojas y el desconsuelo que causa en aquel fatal momento el verse cogido de repente. ¡Ah, si á lo menos tuviera el triste consuelo de no haber tenido tiempo; pero desdichado de mí que le tuve! ¡Si hubiera ignorado el peligro de ser cogido de sorpresa; pero infeliz de mí que lo supe! ¡Si por lo menos no hubiera pensado en las funestas consecuencias de esta desprevencion; pero miserable de mí, que muchas veces las consideré, y las tuve bien previstas, mas todo sin fruto!

¡O mi Dios, qué prudentes fueron los Santos en tener siempre en las manos las lámparas encendidas! ¡Qué dichoso S. José Calasanz en haber obrado siempre con la prevision de aquel momento decisivo, porque no le cogiese de improviso la venida del soberano Juez! No permitais, Señor, que sea ineficaz la resolucion que tomo en este mismo punto de pensar siempre en tan terrible momento, porque no me cojais desprevénido.

JACULATORIAS. — No me llameis, Señor, á la mitad de la carrera de mi vida, porque no sea cogido de repente. (Ps. 101.)

Que se me seque mi mano derecha, si me olvidare de tí, ó celestial Jerusalem. (Psalm. 136.)

PROPOSITOS.

1 ¡Qué cosa tan horrible ser sorprendidos de la muerte! No difieras un punto el disponer todas tus cosas. No quieras comparecer ante el tribunal de Dios de la manera que ahora te hallas. ¿Juzgas acaso que parecerás con mejor disposicion, viviendo como vives? No des oídos á ese espíritu que te persuade que dilates para otro tiempo tu conversion. ¿Tienes que reconciliarte con algun enemigo? ¿tienes que ajustar algunas cuentas, que pagar algunos salarios, que hacer algunas restituciones? Pues no

lo dilates para despues. No quieras ser por mas tiempo el juguete de tus irresoluciones; mira que el negocio es de grande consecuencia. Busca hoy mismo un confesor zeloso y prudente, y consulta con él lo que debes hacer para disponerte á comparecer ante el tribunal de Dios.

2 Resuélvete desde luego á ser el siervo vigilante y fiel, que recomienda Jesucristo en su Evangelio. La inconstancia y el olvido de todas las disposiciones precisas para una buena muerte debilitan la mas fervorosa voluntad. No te desanimes, porque el enemigo de nuestra salvacion se aprovecha muchas veces de nuestra cobardia. Renueva tus buenos propósitos á cada instante, y pide auxilios al Señor para realizarlos. Mira que no sirve comenzar, pues es preciso la perseverancia hasta el fin.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN AGUSTIN, obispo y doctor de la Iglesia, en Hipona la Real en Africa; el cual convertido á la fe católica y bautizado por S. Ambrosio, la defendió con maravillosa constancia contra los maniqueos y otros herejes; y despues de haber trabajado mucho por el bien de la Iglesia, voló al cielo á gozar del eterno premio. Sus reliquias fueron sacadas de su ciudad por causa de los barbaros y llevadas primero á Cerdeña y despues por Luitprando, rey de los longobardos, á Pavia, en donde se custodian con singular veneracion. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN HERMES, varon ilustre, en Roma; el cual, segun se lee en las actas del papa S. Alejandro, primero fué puesto en una cárcel y despues degollado con otros muchos por decreto del juez Aureliano.

EL MARTIRIO DE SAN JULIAN, mártir, en Brionde en Auvernia; el cual siendo compañero de S. Ferreolo (ó Ferriol) tribuno, como en traje de soldado sirviese ocultamente á Jesucristo en la persecucion de Diocleciano, fué preso por los otros soldados, y luego padeció una muerte muy cruel, siéndole cortada á pedazos la garganta. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN PELAGIO, mártir, en Constanza en Francia; el cual imperando Numeriano, por decreto del juez Evilasio alcanzó la corona de mártir.

LOS SANTOS MÁRTIRES FORTUNATO, CAYO Y ANTHES, en Salerno. degollados en tiempo del emperador Diocleciano y del proconsul Leoncio.

SAN ALEJANDRO, obispo, en Constantinopla; anciano esclarecido, por cuya oracion Arrio, condenado ya en el juicio de Dios, reventó por los ijares, y le salieron las entrañas.